

PARA UNA TEOLOGÍA DE LA EVOLUCIÓN

A pesar de sus repetidos fracasos, las tesis creacionistas no cesan de reaparecer al otro lado del Atlántico. El fenómeno es típicamente americano, pero sus implicaciones sobrepasan con mucho las peripecias de la política interior de los Estados Unidos. Es un hecho, a veces infravalorado, que los descubrimientos de Darwin obligan a reconsiderar seriamente la visión cristiana del hombre.

Pour une théologie de l'Évolution, Études 404 (2006) 339-350

Desde hace unos quince años se va asentando una nueva tendencia, la del “diseño inteligente” (*Intelligent Design*). En esta tendencia no se trata de defender la creación en siete días, ni tampoco la aparición reciente del hombre sobre la tierra, sino de sostener, en un terreno que quiere ser estrictamente científico, la existencia de una inteligencia extra-natural que daría cuenta de la “complejidad irreductible” de ciertos organismos.

Las iglesias “históricas”, como la católica, se han mantenido siempre al margen de la corriente creacionista. El mensaje de Juan Pablo II a la Academia Pontificia de las Ciencias (22 de octubre de 1996) había sido bien recibido en el mundo científico norteamericano. Reconociendo que la evolución era en adelante “más que una hipótesis”, el papa desmentía la opinión generalmente aceptada de que la iglesia se opone a la evolución.

El problema lo provocó recién-

temente un artículo del cardenal Christoph Schönborn, arzobispo de Viena y principal redactor del “Catecismo de la Iglesia Católica.”. En este artículo, publicado en el *New York Times* el 7 de julio del 2005, calificaba curiosamente el mensaje de Juan Pablo II de “más bien impreciso y sin importancia”. Además, afirmaba “la innegable evidencia de la existencia de un diseño en la biología” y, por consiguiente, el carácter no científico de toda teoría que propusiera la opinión contraria.

El artículo, aparecido en plena campaña fundamentalista a favor de la enseñanza del *Intelligent Design*, provocó muchas reacciones. Numerosas personalidades científicas católicas, como el biólogo Kenneth Miller y el padre George Coyne, director del Observatorio del Vaticano, se esforzaron por amortiguar el impacto, presentándolo como una opinión privada y no como un cambio en la posición católica oficial.